

## LA HIJA DE SIÓN

(Complementariedad de las dos tipologías antitéticas con Adán y Eva de origen patrístico: María-José (1) nueva Eva-nuevo Adán (2), como síntesis de la historia de la salvación).

### 1. Planteamiento.

Juan Pablo II afirma que, como no puede entenderse lo humano -en el plano de la creación- sin una adecuada referencia a lo femenino, de modo semejante, en el plano sobrenatural de la economía salvífica, no puede entenderse la historia de la salvación, que culmina en la Iglesia, sino en referencia a la Mujer, esposa, virgen y madre. Según la enseñanza del Concilio Vaticano II (LG,63,64) no es posible comprender el misterio de la Iglesia, su realidad, su vitalidad esencial, si no se recurre al misterio de María, la Madre de Dios redentor, en cuanto redentor.<sup>1</sup> La significación de la "Mujer-hija de Sión", "Virgen de Sión" o "Madre-Sión" veterotestamentaria ha sido aplicada por la exégesis contemporánea tanto a la Iglesia como a María la hija de Sión (desposada con José, de la Casa de David) -arquetipo trascendente del pueblo de la Alianza-, que culmina en la Mujer coronada de estrellas de Ap 12. I. de la Potterie concluye su estudio sobre "María en el misterio de la Alianza" con la sorprendente afirmación de que *la significación eclesial y mariana de la Hija de Sion constituye la síntesis de toda la historia de la Salvación*.

Esta dimensión mariana de la Iglesia, que precede a su dimensión petrina (CEC, 773) ha sido objeto también de notables estudios por parte de algunos teólogos modernos como Juan G. Arinterro, H. de Lubac, Ch. Journet o Hans Urs V. Balthasar.<sup>2</sup> Este último habla del "rostro mariano" femenino y maternal de la Iglesia, indispensable para corregir el riesgo de funcionalismo burocrático a que daría lugar una visión unilateral del aspecto institucional y masculino de su "dimensión petrina", fundamento del ministerio apostólico; esencial también, pero "medio" al servicio de aquella dimensión mariana de la Esposa inmaculada del Cordero en el misterio de su fecunda virginidad.<sup>3</sup>

---

<sup>1</sup> Cf. JUAN PABLO II, Carta apostólica *Mulieris dignitatem* (15-VIII-1988) n.11y22. (Aquí citado MD). Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, promulgado por Juan Pablo II, n.773 (que citaremos CEC). Los documentos del Concilio Vaticano II, son citados con las siglas convencionales, ya consagradas por el uso, tomadas de las letras iniciales de sus dos primeras palabras (por ejemplo: "Sacrosanctum Concilium", sobre la Sagrada Liturgia: (SC) seguidas del número del epígrafe y la letra ordinal del párrafo, si contiene varios. "Redemptoris mater" (RM) y *Redemptoris custos*, (RC) de Juan Pablo II, serán citadas como se indica aquí.

<sup>2</sup> Sobre esta temática he escrito un amplio estudio J. FERRER ARELLANO, "La persona mística de la Iglesia, esposa del nuevo Adán". *Scripta Theologica* vol XXVII, 1995, 789 a 860. Se puede consultar también: <http://www.joaquinferrer.es>.

<sup>3</sup> El amor de Dios al hombre es frecuentemente expresado en la Escritura (cf. Os 2,16-25; Is 50,1; 54,4-8; 62,4-9; Jer 2,1-2; 3,1-6-12) mediante esta analogía del amor del hombre a la mujer. La mujer-esposa es Israel, pueblo elegido por el amor gratuito de Dios, con el que Dios establece una alianza nupcial a la cual El permanece siempre fiel, pese a las repetidas infidelidades de su esposa. Esta imagen de amor esponsal culmina en Cristo, que es saludado como esposo por Juan Bautista (cf. Jn 3,17-19) y se aplica a Sí mismo esta comparación tomada de los profetas (cf. Mc 2,19-20). Pero es en la Carta a los Efesios donde encuentra su plenitud esa imagen de amor esponsal; "Cristo amó a la Iglesia y se entregó a Sí mismo por ella" (Ef.5,25). La unión de Cristo con la Iglesia no sólo es explicada por la analogía del amor nupcial humano, sino que aparece como el fundamento de la sacramentalidad del matrimonio como alianza santa de los esposos (cf MD,23) y -según veremos en este estudio- de la maternidad "sacramental" de la Iglesia como "persona mística" esposa del nuevo Adán, derivada de la de María.

En el título del C.VIII de LG "La Santísima Virgen María en el misterio de Cristo y de la Iglesia" I.de la POTTERIE (*María en el misterio de la Alianza*, Madrid, trad. BAC. p.4) percibe un eco del célebre texto de los Efesios (S,32): "gran misterio es este, pero yo lo aplico a Cristo y a la Iglesia". "En este pasaje, el Apóstol alude al misterio fundamental de la Sagrada Escritura, el misterio de la Alianza entre Dios y su pueblo. En la Biblia, el símbolo constante de esta alianza, de este pacto, es la unión del hombre y la mujer en el matrimonio: Dios es el Esposo, e Israel (llamado con frecuencia la Hija de Sion) es la esposa; después Cristo sería el Esposo y la Iglesia la esposa (cf.2 Cor 11,2; Ef 5,32). Ahora bien, el Concilio nos invita también a situar a la Virgen María en este contexto del misterio <<esponsal>> de Cristo y de la Iglesia". Su virginidad consiste en el don total de su persona, que la introduce en una relación esponsal con Dios" (p.5) como "primera Iglesia" (Cf I. RATZINGER, H. Vrs Von BALTHASAR, *Marie, première Eglise*. trad. Ed Paulinas, 1981), como la Mujer que representa todas las criaturas, al Israel de Dios, la humanidad prerescatada, que Dios ha desposado, para divinizarla en El (Geneviève HONORÈ, *La femme et le mystère de l'Aliance*, París 1985) como hija de Sion

De ahí la singular importancia que tiene la referencia al paradigma bíblico de la Mujer, como se delinea claramente ya en la descripción del principio (cf. Gen 3,15) en el Protoevangelio, y a lo largo del camino que va desde la Creación -pasando por el pecado- hasta la Redención. "En el Protoevangelio, primer anuncio de la victoria sobre el pecado... se abre la perspectiva de toda la Revelación, primero como preparación del Evangelio y después como Evangelio mismo" (MD,11). En otro escrito he sostenido,<sup>4</sup> que la estirpe de la Mujer del Protoevangelio -en el que se funda el tema patrístico de la nueva Eva- alude, en su sentido pleno, al pueblo de Dios del Antiguo y Nuevo Testamento, que no es otro que el Cristo total -Cabeza y miembros- verdadero templo del Espíritu Santo (Cf. Is,11,1; Jn.1,16), que participa en el triunfo de su cabeza sobre la serpiente, al que asocia a su Madre ("conteret caput") en el "trono triunfal de la Cruz". Cristo, el nuevo Adán, asocia también como Cabeza al resto de la descendencia de la Mujer en su obra salvífica, cuando la adquiere como Esposa con el don de su vida, por la que le obtiene el don del Espíritu. Brota así de su costado abierto, en el sueño de la muerte, como nueva Eva, purificada y renovada sin mancha ni arruga, sino santa e inmaculada, a imagen de la Mujer (Cf. Ef.5,27).<sup>5</sup>

La imagen de la Mujer-Esposa alude, precisamente, al "misterio" (Ef 5,32) más íntimo de la Iglesia, verdadera razón formal de su existencia, como culminación que es del misterio de la "alianza". Se trata siempre de la voluntad divina de no salvar a los hombres sino asociándolos, a título de instrumentos libres, a la obra de la salvación, propia y ajena, como se valió del "fiat" de María y del "ecce venio" de la Humanidad Santísima del Salvador para redimir a los hombres; para que todos cooperaran con El -según la conocida conocida formulación de la Encíclica de Pio XII "Mystici Corporis" (AAS,1943,217)- a comunicarse mutuamente los frutos de la Redención. "No por necesidad, sino a mayor gloria de su Esposa inmaculada". Tal es la ley de la alianza nupcial de Dios con los hombres, preparada y proféticamente prefigurada en la antigua alianza con Israel, y realizada en la nueva y definitiva alianza en Jesucristo, en las tres fases o momentos que distingue la tradición de los Padres: esponsales en la Encarnación, bodas en el Calvario, y consumación de la bodas en el misterio eucarístico, fuente de toda vida sobrenatural del Cuerpo místico (cf. 1 Cor 10,7; SC 9), como prenda y anticipación sacramental del las bodas del Cordero con la Esposa que desciende del Cielo, la nueva Jerusalén escatológica del Reino consumado (Cf. Ap 21,2).

La iniciativa es del Esposo. Pero la función de la Esposa no es meramente pasiva. Debe aportar "el don de la Esposa", que propiamente no añade nada a la obra salvífica del "Unus Mediator", pues de ella participa y muestra su necesidad. Suscita, con su sacrificio Redentor, una participación en su plenitud de Mediación y de Vida en la Esposa que adquiere en el trono triunfal de la Cruz, que la capacita, enriqueciéndola con dones jerárquicos y carismáticos (LG 5), para tener parte en la obra de la Redención.

De ahí la importancia de la noción bíblica de la Mujer, la Madre del Mesías, María; a cuya imagen, la Iglesia, Esposa del nuevo Adán, coopera -como nueva Eva- con el nuevo Adán en la restauración de la vida sobrenatural perdida. Los tres "und" (et) que -al decir de K.Barth- separan

---

en la que se cumple y culmina la historia de la salvación en el misterio de la Alianza, a cuya imagen está hecha la Iglesia, que brota de su materna mediación. Así lo demuestra I. de la Potterie en esta obra verdaderamente capital. Me complace coincidir plenamente con las conclusiones -y buena parte de la argumentación- del egregio A.

<sup>4</sup> J. FERRER ARELLANO, *Eclesiología implícita en el Protoevangelio. La imagen de la Mujer como síntesis del misterio de la Iglesia*, en Actas del Simposio de Teología de la Universidad de Navarra de 1994. El análisis textual de Gen.3,15 manifiesta a la la Mujer como una luminosa síntesis del misterio de la Iglesia, a la luz del paralelismo bíblico con los textos de la Escritura que hacen referencia a la Mujer del Génesis (especialmente Caná (Jn 2,4), el testamento del Calvario (Jn 19,25) y Apocalipsis 12). "La hora de la Mujer" (Jn 16,21) es la misma "hora" de la glorificación del "Hijo del Hombre" (Jn 12,23) como corredentora, asociada al nuevo Adán al pie de la Cruz Salvadora en la restauración de la vida sobrenatural (Cf. MD,19). Es, a ese título, Madre de la Iglesia; la cual participa a su vez de la fecunda virginidad de María como nueva Eva asociada al nuevo Adán en la lucha dolorosa provocada por las asechanzas de la antigua serpiente. Es la Pasión mística del Pueblo de Dios peregrino, que unida a la de Cristo, su Cabeza, realiza hasta la consumación escatológica del Reino, por mediación del misterio eucarístico, la obra de la Redención. Sólo entonces termina la "hora de la Mujer" (Jn 16,27). Todo está implícito en el sentido pleno y típico de Gen 3,15, como muestro en ese estudio.

<sup>5</sup> "Este es el Amor que nos renueva -escribe S. AGUSTÍN- que nos hace ser hombres nuevos... renovó ya a los antiguos justos... ahora renueva a los gentiles, y hace (se entiende en sentido potencial) de todo el género humano, extendido por el universo entero, un único pueblo nuevo, el Cuerpo de la nueva Esposa del Hijo de Dios, de la que se dice en el Cantar de los cantares: ¿Quién es ésta que sube del desierto vestida de blanco? Sí, vestida de blanco porque ha sido renovada; ¿y que es lo que la ha renovado sino el mandamiento nuevo?... Con su amor hizo posible que nos ligáramos estrechamente, y como miembros unidos por tan dulce vínculo formáramos el Cuerpo de tan espléndida Cabeza" San Agustín *Tratado* 61,1-3; CCL,36 490-492.

de la dogmática católica a un reformado (al "sola gratia" -gracia "y" cooperación humana-; al "sola fide" -fe "y" obras-; al "sola Scriptura" -Escritura "y" la cooperación eclesial, mediante la Tradición y el Magisterio-)<sup>6</sup> no son sino tres dimensiones de un mismo misterio de participación de la plenitud de mediación y de gracia de Cristo, el único Mediador.

Es -digámoslo una vez más- la ley de la alianza nupcial, que ha sido justamente calificada como síntesis de toda la Historia de la salvación, expresada en la aportación de la Esposa, mediadora partícipe de la plenitud de mediación del Esposo, en la comunicación salvífica de la Historia de aquella plenitud de verdad y de vida que nos ha merecido en la Cruz. Una plenitud de mediación y de gracia de Cristo Cabeza, participada por María en el misterio de su mediación materna, y por la Iglesia en el misterio de su mediación sacramental, en la cual se ejerce aquella materna mediación -como dice Juan Pablo II, la Maternidad de María "se derrama sobre la Iglesia" nacida del Costado abierto del nuevo Adán y de la espada de dolor de la Mujer, la nueva Eva-, cuya raíz última está en la solidaridad con Cristo, en virtud del fiat de la Encarnación, de todos los hombres llamados a ser hijos de Dios, partícipes de la Filiación del Unigénito del Padre, primogénito entre muchos hermanos (Rm 8,29), en el seno maternal de la nueva Eva.

Hay una tipología antitética de la pareja de los orígenes (A) tan antigua como la del nuevo Adán (Cristo) y la nueva Eva (María-Iglesia) (B), a la que hemos hecho referencia hasta ahora -que ha sido rescatada del olvido por Pablo VI y Juan Pablo II en su exhortación apostólica *Redemptoris Custos*, verdadera Carta Magna de la Josefología-, que hace referencia a la participación de San José, esposo virginal de María en la obra de la salvación.<sup>7</sup>

Es frecuente -dice el P. E. Llamas- presentar el misterio de la Encarnación en el seno virginal de María, la nueva Eva (madre de los vivientes) como si fuese una mujer soltera protegida por José sin atribuirle a él una directa relación con el acontecimiento central de la historia de la salvación en tanto que esposo de María virginal, padre virginal y cabeza de familia de la estirpe de David. Urge sacar a la luz la importancia soteriológica del matrimonio virginal del que brota -como de la raíz de Jesé profetizada por Isaías en los vaticinios del Emmanuel- el Mesías anunciado, de la descendencia de Abraham y de David. A veces se presenta el matrimonio con José como si fuese una tapadera de la virginidad de María, sin tener en cuenta que, "si es importante profesar la concepción virginal de Jesús, no lo es menos defender el matrimonio de María con José, porque jurídicamente depende de este matrimonio -en tanto que virginal- la paternidad de José". (RC, 7)

El Santo Patriarca adquiere así -y sólo así- una relación directa con el misterio de la Encarnación, como padre virginal y mesiánico del Mesías Redentor y ministro de salvación, junto con su María, su esposa.

\* \* \*

En este artículo nos proponemos mostrar la diversidad de perspectivas de ambas tipologías (A) y (B) y su complementariedad significativa, que permite lograr a una inteligencia -menos genérica y abstracta, enmarcada en la historia salvífica- de la realización histórica del misterio escondido desde los siglos en Dios; en el seno virginal de la nueva Eva, asociada al nuevo Adán en la restauración de la vida sobrenatural de los hombres descendientes de la primera pareja, la Hija de Sión desposada con José, hijo de David, según los anuncios proféticos del ciclo de "Emmanuel" del Protoisaías.<sup>8</sup>

---

<sup>6</sup> K.BARTH, *Kirch. Dogm.* I,I; Zúrich 1964,8ed,VIII-IX.

<sup>7</sup> Son muchos quienes auguran que ha llegado "la hora" de San José como Padre y Señor de la Iglesia, tan atacada por la antigua serpiente, protegiéndola en esta hora dramática y resolutive de la historia salvífica. Cfr. interesantes testimonios en V.MESORI, *Hipótesis sobre María*, Madrid, ed. "Libros libres", 2007 (cap. sobre san José)

<sup>8</sup> Cfr. J. FERRER ARELLANO, *San José nuestro padre y Señor. La trinidad de la tierra. Teología y espiritualidad josefina*. Ed. Arca de la Alianza, Madrid 2006, donde expongo ampliamente este tema, en el contexto de un ensayo de Teología sistemática de San José.

## 2. Primera tipología (A): La pareja del umbral del nuevo Testamento. Su importancia soteriológica.

*La predestinación de la Familia de Nazaret forma parte en los designios eternos de Dios, del objeto adecuado de la predestinación del misterio de la Encarnación redentora.* Dice Pío IX en su bula “Ineffabilis Deus” al proclamar el dogma de la Inmaculada Concepción, que por un mismo y eterno decreto, Dios ha predestinado a Jesús a la filiación divina natural; y a María a ser Madre Virginal del Verbo. Pues *la predestinación eterna de Cristo no sólo influye en la Encarnación, sino en el modo y las circunstancias en las que debía realizarse, en tal tiempo y en tal lugar: “et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine”*, como dice el símbolo Niceno–Constantinopolitano.

Puesto que *la condición de María, como Esposa prometida de José*, hijo de David –según la enseñanza de Juan Pablo II– está contenida en el designio mismo de Dios (RC 18), o en la predestinación eterna, afirmamos implícitamente también la elección desde toda la eternidad de la familia fundada por ambos esposos, pues una circunstancia “*esencial*” de la Encarnación es su libre y fiel acogida –con la plenitud de gracia que se requería para disponerles a realizar tan excelsa misión– de *Quienes debían acogerle*, María, en su Seno, y José: en la familiar formada por el matrimonio virginal de ambos esposos, “Santuario del amor y cuna de la vida”.

“*Yo soy yo y mi circunstancia*” decía J. Ortega y Gasset. Y añade: “si no salvo mi circunstancia no salvo a mi yo”. El hombre –repetía insistentemente San Josemaría– “no es un verso suelto. Formamos parte de un mismo poema épico, divino”. La imagen de Dios en el hombre que Él vino a restaurar –creado varón y mujer– no hay que verla únicamente en su aspecto individual (espíritu encarnado, capaz de conocer, amar y dialogar con Dios, en soledad) sino en tanto que llamado a la comunión en su dimensión familiar, que no es accidental o adventicia, sino esencial y constitutiva de la condición humana.<sup>9</sup>

*El hecho de ser María la esposa prometida de José, está contenido de hecho –según las fuentes bíblicas– en el designio mismo salvífico de Dios.* Así lo indican los dos evangelios de la infancia, pero de modo particular Mateo (cfr. RC 5). En el designio eterno María aparece de manera expresa como la Esposa prometida de José (Cfr. CEC 488) Esto incluye implícitamente la predestinación del Santo Patriarca, pues *no se puede entender la existencia de la esposa sin el esposo. Son términos correlativos que mutuamente se implican.*

No sólo fueron, pues, predestinadas –aisladamente consideradas– las personas según un orden de dignidad; sino que *fue predestinada la misma Familia de Nazaret en cuanto tal formada por el matrimonio, singular y virginal de María y José, para acoger dignamente al Hijo de Dios* en el tiempo – en el tiempo histórico de la historia de la salvación–, para cuidarle, alimentarle, educarle... y para abrir así el camino que le disponía al cumplimiento de la misión del Hijo de Dios, como Redentor de los hombres.

El P. E. Llamas en su ponencia al último Congreso internacional mariológico de Roma, en el cual participé (Sep 2004, las actas todavía no han sido publicadas<sup>10</sup>), afirmó “que la relación del matrimonio virginal de los esposos de Nazaret, como hogar familiar de Jesús, con la

---

<sup>9</sup> «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gen 1,26). Antes de crear al hombre, parece como si el Creador entrara en sí mismo para buscar el modelo y la inspiración en el misterio de su Ser, que ya aquí se manifiesta de alguna manera como el «Nosotros» divino. De este misterio surge, por medio de la creación, el ser humano: «Creó Dios al hombre a imagen suya: a imagen de Dios le creó; varón y mujer los creó» (Gen 1,27). La paternidad y maternidad humanas, aún siendo biológicamente parecidas a las de otros seres de la naturaleza, tienen en sí mismas, de manera esencial y exclusiva, una «semejanza» con Dios, sobre la que se funda la familia, entendida como comunidad de vida humana, como comunidad de personas unidas en el amor (communio personarum). El «Nosotros» divino constituye el modelo eterno del «nosotros» humano; ante todo, de aquél «nosotros» que está formado por el hombre y la mujer, creados a imagen y semejanza divina. De esta dualidad originaria derivan la «masculinidad» y la «feminidad» de cada individuo, y de ella cada comunidad asume su propia riqueza característica en el complemento recíproco de las personas. El hombre y la mujer aportan su propia contribución, gracias a la cual se encuentran, en la raíz misma de la convivencia humana, el carácter de comunión y complementariedad”. (JUAN PABLO II, *Carta a las familias*, n.6). Cfr. J. FERRER ARELLANO, *El misterio de los orígenes*, Madrid 2001, parte I Cáp. I, anexo. Sobre este tema, que aquí solo apunto, trata el Simposio de San José IX–2005 la ponencia de Blanca CASTILLA CORTÁZAR, *Maternidad y paternidad virginales de María y José*. (“Actas” vol I, 61–75).

<sup>10</sup> El ponente hizo notar que era la primera vez en la larga serie de los congresos internacionales de Mariología en que había sido programada una ponencia dedicada a San Jose; en unión indisoluble, como es obvio, con María.

redención de los hombres, o con la historia de la salvación, es un tema casi inédito en la Mariología y en la liturgia de la Iglesia. No se le ha prestado aún la atención debida”.<sup>11</sup>

El Magisterio de la Iglesia más reciente enlaza con una antigua tradición patristica a la que antes aludíamos (§ 1) –que arranca en San Ireneo y fue pronto cayendo en el olvido–, que relaciona en tipología antitética (A) el primer matrimonio de la protohistoria de Adán y Eva, con el matrimonio de José y María, y que había quedado casi olvidada en los siglos siguientes. En el momento más significativo y decisivo, las esposas aparecen ya prometidas a sus maridos: “Fue disuelta –dice San Ireneo– la seducción, por la cual había sido más seducida aquella virgen Eva, destinada ya a su marido (*iam viro destinata*) por la verdad en la que fue bien evangelizada por el Ángel aquella Virgen María, que ya estaba desposada (*iam sub viro*)”.<sup>12</sup>

«En esta gran obra de renovación de todas las cosas en Cristo, el matrimonio, purificado y renovado, se convierte en una realidad nueva, en un sacramento de la nueva Alianza. Y he aquí que en el umbral de Nuevo Testamento, como ya al comienzo del Antiguo, hay una pareja. Pero, mientras la de Adán y Eva habían sido fuente del mal que ha inundado el mundo, la de José y María constituye el vértice, por medio del cual la santidad se esparce por toda la tierra. El Salvador ha iniciado la obra de la salvación con esta unión virginal y santa, en la que se manifiesta su omnipotente voluntad de purificar y santificar la familia, santuario de amor y cuna de la vida». (RC 7)

### 3. Segunda tipología (B) el nuevo Adán (Cristo) y la nueva Eva (María-Iglesia).

Más fortuna que la anterior (A) ha tenido otra tipología (B) –mucho más conocida a que hemos hecho referencia repetidamente en el epígrafe 1– de la más antigua patristica, que asocia con Cristo, el nuevo Adán (cfr. Rm 5, 12–21) a su Madre, la Mujer del Génesis (Gen 3,15) y del Apocalipsis (Ap 12), como nueva Eva, y –derivadamente- a la Iglesia. Como dice la encíclica “Redemptoris Mater” de Juan Pablo II : «los Padres de la Iglesia asocian a María, como nueva Eva, al sacrificio de Cristo, nuevo Adán, que se convierte en contrapeso de la desobediencia y de la incredulidad contenidas en el pecado de los primeros padres ... llaman a María “Madre de los vivientes” y afirman a menudo “la muerte vino por Eva, por María la vida” (LG 56)» (RM, 19).

El “fiat” de María, la nueva Eva, expresión de la obediencia de la fe, es la antítesis divina del “non serviam” de Lucifer y de la desobediencia de Eva. Esta segunda tipología bíblica antitética de la pareja originaria respecto a Cristo y a María (la Mujer de Gn 3, 15), su Madre (B), recurrente en la tradición desde Justino a Ireneo, que contrapone la desobediencia de la pareja originaria al amor obediente del Nuevo Adán, Cristo, y la Nueva Eva, María, tiene claro origen bíblico, en los textos paulinos (ante todo Rom 5) leídos a la luz del Protoevangelio y Gal 4, 4, en el sentido que Artola llama pleno inclusivo, explicitado por los Padres.<sup>13</sup>

---

<sup>11</sup> En algún tiempo se celebró en la liturgia la memoria de “Los Desposorios de José y María”. Algunas Instituciones la celebran con categoría de fiesta. Hoy no figura esa memoria en el calendario litúrgico universal de la Iglesia. Entre las 46 Misas de la Virgen, promulgadas en 1986 (15 Agosto), por la Sagrada Congregación para el Culto divino, no se registra ninguna dedicada a conmemorar el Matrimonio de José y María. Ni en la Misa 36, con el título de “*La Virgen María, Madre del Amor Hermoso*”, se hace la más leve alusión a su amor sponsal. Todo el rico contenido de esas misas puede aplicarse a la Virgen María, como si fuera una Madre Virgen soltera. Solo en la Misa 8, con el título de : *Santa María de Nazaret*, aparecen estas frases en el Prefacio: *Allí, la Virgen Purísima, unida a José, el hombre justo, por un estrecho y virginal vínculo de amor...* Pero, esto significa muy poco –observa el P. Enrique LLAMAS–, dada la importancia que tuvo el matrimonio y la Familia de Nazaret en la realización de la Encarnación y en la *historia salutis*.

<sup>12</sup> Pablo VI, *Alocución al movimiento Equipos Notre Dame* (4 de mayo, 1970); AAS., 62 (1970), 431, n. 7 ... San Ireneo contrapone la primera pareja, aquella virgen Eva, destinada ya a su marido (*iam viro destinata*) y engañada por la seducción del padre de la mentira, a la verdad en la que fue evangelizada por el Ángel aquella Virgen María, que ya estaba desposada (*iam sub viro*) con José, y a la aceptación del mensaje del Ángel, y la respuesta sin ruido y en silencio de José a los planes salvíficos de Dios. San Ireneo alude a la familia, que acoge al Hijo de Dios en el tiempo -la casa de José-, que tuvo su origen en su matrimonio con María. Cfr. *Adv. Haecreses*, IV, 23; PG 7, 1048. Algo parecido dice ORÍGENES, *In Lucam*, Homilia VI, 3; PG 13, 1814. El Papa Juan Pablo II cita este texto (RC 7), glosando algunas de las muchas enseñanzas que derivan de él. Sobre la Familia de Nazaret y en la primera familia humana, Adán y Eva, Cf. Juan Pablo II, *Carta a la Familias* (1994), n. 20.

<sup>13</sup> M. ARTOLA, *El pecado por Eva y la salvación por María*, “Estudios Marianos” 70 (2004), 17–37. El A. descubre en la tipología del nuevo Adán (Rm 5, 12–21 y 1 Cor 15, 22, 25) a la luz de la unidad dual de Adán y Eva –anunciada por Gn 1, 26–27 y Gn 2, 23–24– sin excluir aquellos análisis histórico literarios, en la comisión del acto pecaminoso primario. Así lo convinieron espontáneamente los antiguos Padres griegos, al descubrir una implícita inclusión de María, nueva Eva, por analogía de participación en una exégesis personalista dual e inclusiva.

“Comprendemos, dice *San Justino*, que El (Cristo) se ha hecho hombre por medio de la Virgen a fin de que la desobediencia provocada por al serpiente encontrase su fin por la misma vía por la que había comenzado. En efecto, Eva, virgen e intacta, al concebir la palabra de la serpiente, engendra la desobediencia y la muerte; la Virgen María al concebir fe y alegría, cuando el Ángel Gabriel le anuncia que el Espíritu del Señor vendrá sobre ella y la virtud del Altísimo la cubrirá con su sombra, de modo que el Ser santo nacido de ella será Hijo de Dios, respondió: “Hágase en mí según tu palabra” (PG, 6, 712).

*San Ireneo* es aún más explícito: “Eva fue desobediente: desobedeció en tanto que todavía era “Virgen”. Si Eva, esposa de Adán desobedeció y se convirtió, para ella y para todo el género humano, en causa de muerte, María, esposa de un hombre predestinado y no obstante virgen, se convierte por su obediencia en *causa de salvación* para ella y para todo el género humano... Porque no se puede desligar lo que ha estado ligado, sino deshaciendo en sentido inverso los nudos, de suerte que los primeros serán desligados gracias a los segundos o que, en otros términos los segundos liberen a los primeros... *El nudo que la desobediencia de Eva había creado ha sido deshecho por la obediencia de María; lo que la virgen Eva había ligado por su incredulidad, lo desata la Virgen María por su fe*” (Adv. Haer. III, 224).

Esta tipología antitética de la "nueva Eva" con la pareja de los orígenes aparece en la Tradición, no sólo referido a María, (desde el siglo III con S. Justino), sino también a la Iglesia (desde la segunda epístola de Clemente). Ambas referencias son prácticamente contemporáneas y coexisten incluso dentro de los escritos de un mismo autor, como es el caso de Tertuliano. C.Pozo<sup>14</sup> ve en este uso de un mismo título un índice claro del convencimiento de que ambas, María y la Iglesia, tienen una función de cooperación activa en la obra salvadora de Cristo -nuevo Adán- pero con diversa perspectiva. La Iglesia -como nueva Eva- se sitúa en la Tradición en la perspectiva en una colaboración de la Iglesia en la redención aplicativa, pues en cuanto esposa de Cristo y madre de los cristianos concurre instrumentalmente en la distribución de las gracias de la redención, En el caso de María, sin embargo, el acento se coloca en su colaboración a la obra misma por la que esas gracias se adquieren (redención adquisitiva), desde el "fiat" de la Encarnación.

Poco a poco el hecho de que un título común -la nueva Eva- se aplicara a dos figuras diversas, tenía que llevar a reflexionar sobre ambas, y a compararlas entre sí. Se toma así conciencia de que María, paralelamente a la Iglesia, tiene también una función en la aplicación de las gracias. Esta toma de conciencia contribuyó decisivamente en la consolidación y desarrollo del culto a la Santísima virgen, iniciado antes de esta reflexión. El punto de partida de esta comparación explícita hay que colocarlo en San Ambrosio, y su desarrollo temático en San Agustín, que elaboró los elementos fundamentales que concluyeron al descubrimiento teológico de María como arquetipo perfecto y Madre de la Iglesia, que refleja su condición inmaculada y participa de su virginal fecundidad materna en el misterio de su sacramentalidad salvífica.

La solidaridad de los hombres con el nuevo Adán en el seno de la nueva Eva hace referencia al fundamento originario de la Iglesia como fruto de la doble misión del Verbo y del Espíritu, al llegar la plenitud de los tiempos, cuando el Paráclito cubre a María con su sombra en la Encarnación del Verbo; como en las prefiguraciones veterotestamentarias cubrían con su sombra la presencia (shekiná) de la gloria de Dios en el Arca de la Alianza, figura de María, la hija de Sión. Es el momento de la constitución del ser teándrico de Cristo Mediador, Cabeza potencial del organismo de salvación que será el cuerpo de Cristo -Cabeza de la Iglesia- formalmente constituida, como tal, en la consumación de la Obra redentora, en la Pascua del Señor.

San Ireneo y los padres griegos de la gran época patristica son la fuente de inspiración de "GS 22", que hace referencia a este tema: "En la Encarnación Cristo se unió en cierto modo a todo hombre", tan frecuentemente citado por Juan Pablo II en su Magisterio. Esa unión de todo hombre con el Verbo encarnado no debe interpretarse como una especie de santificación "por contagio", que haría inútil el bautismo y la Iglesia-institución en la línea de un falso cristianismo anónimo. Alude el Concilio precisamente a esta solidaridad de Cristo con todos y cada uno de los hombres -

---

T. STRAMARE en, *Vangelo della Vita Nascosta de Gesù*, Bornato in Franciacorta 1998, 78, escribe: “Mientras en el pasado los escrituristas sometían el texto a análisis filológicos y a la crítica histórica, actualmente se pone mucha más atención a otros aspectos, como son el ambiente judeo-cristiano, la forma literaria, la distinción entre la redacción y la tradición, el análisis semántico, y de modo especial se presta muchísima más atención a los llamados «citados de ejecución o de realización», sobre todo en Mateo. Habría que privilegiar entre estos últimos el sentido espiritual típico y el pleno inclusivo al que hago referencia en el texto.

<sup>14</sup> C. POZO, *María en la Escritura y en la fe de la Iglesia*, Madrid 1986 p.125s.

en su singularidad concreta, histórica- en cuanto asume el papel de cabeza desempeñado por el primer Adán, formando con ellos como una "persona mística (S.Th III,48,31), para hacer así posible la Redención por vía de satisfacción. Es, pues, una capitalidad a título de presupuesto de la Redención, distinta (como la virtual de lo actual) de la capitalidad que le compete respecto al cuerpo místico del nuevo Adán, Esposa adquirida al precio de su Sangre, que surge del costado abierto de Cristo, como consecuencia de su acción redentora, consumada en el misterio pascual y actualizada progresivamente, por la fe y los sacramentos, en aquellos hombres que reciben libremente el fruto de la Redención ya realizada,<sup>15</sup> en el Cristo total, cabeza y miembros, considerada en el misterio de su profunda unidad y mutua inmanencia de la cabeza y el resto del cuerpo, que vive de la plenitud desbordante de la capitalidad de Cristo.<sup>16</sup> Pero no debe ésta entenderse como una redundancia o comunicación vital meramente pasiva, sería una interpretación meramente organicista, pues, no forman una misma persona en sentido ontológico, cabeza y miembros, sino en sentido metafórico.

De ahí la necesidad de tener en cuenta el aspecto fundamental al que alude la imagen de la Iglesia, Esposa de Cristo, nueva Eva, que supone una alteridad personal respecto al Esposo. Su función en orden a la fecundidad, no es meramente pasiva, pues debe cooperar con el don de la Esposa el amor donante del Esposo. Como Eva del costado del primer Adán, nace en el sueño de la muerte, del corazón traspasado del nuevo Adán, Cristo -y de la espada de la Mujer, a El asociada- en la consumación del Sacrificio Pascual. Es la Iglesia que la Tradición designa también como nueva Eva, porque a imagen de la Mujer-María, partícipa de su fecunda virginidad.

He aquí el misterio de la Iglesia, nueva Eva, contemplado en su fundamento radical, la Encarnación; en su constitución formal, como Esposa y Cuerpo de Cristo, instrumento maternal-cuasi sacramento de salvación universal de la humanidad rescatada en la Cruz salvadora-, y en su fin, la recapitulación de los hijos de Dios (los elegidos) dispersos por el pecado, que no se alcanzará plenamente hasta la plenitud escatológica del Reino. Tal será el Cristo total consumado, en la perspectiva de la causalidad final cuando se complete el número de los elegidos en la Jerusalén celestial escatológica -la primera en la intención y la última en la ejecución- pues "así como la voluntad de Dios es un acto y se llama mundo, así su intención es la salvación de los hombres y se llama Iglesia", según la feliz fórmula de Clemente de Alejandría (Pedagogo I,6).

---

<sup>15</sup> Cf. J.H. NICOLÁS, *Synthèse dogmatique*, París 1986, p.441. P.Pratt, *Teología de S.Pablo*, II, pp. 235 ss. Ocariz, Mateo Seco, Riestra, *El misterio de Jesucristo*, 1991, pp.278 y 386. A esa primera acepción (a) alude S.Agustín en su famosa sentencia: "Ecclesia in illo petiebatur quando pro Ecclesia petiebatur"; es decir, estaba virtualmente presente en El como Cabeza potencial de su Cuerpo místico. Pero, como señalamos antes, la Iglesia en sentido propio y formal -la persona mística Esposa santa e inmaculada del nuevo Adán- no surge hasta el misterio Pascual (c), que es el momento originario de su ontológica fundación. Gestada en el sueño de la muerte en el Calvario, es dada a la luz en Pentecostés. A ella alude S.Agustín cuando escribe: "Moritur Christus ut fiat Ecclesia, mortuo Christo". Estos y otros textos de San Agustín pueden verse comentados en M.J. SCHEEBEN (*Los misterios del cristianismo*, Barcelona 1960 p.481), que ve en el misterio de acción redentora de Cristo un influjo sobre la naturaleza humana en cuanto tal. Influjo que no es sólo moral (que solicita a Dios conferir la gracia) sino físico y dinámico, en cuya virtud dispone al hombre a recibir la gracia. Para su recepción de hecho es precisa la libre aceptación personal, por la fe y los sacramentos, del don salvífico. De manera parecida se expresan AA como P. GLORIEUX, A. X.PIOLANTI, J. GALOT, D. SPADA. Cf. P. O'CALLAGAN, *La mediación de Cristo en su Pasión*, en Ser. Theol.18 (1986) pp. 786 ss.

<sup>16</sup> Hay una inclusión recíproca, una mutua compenetración de Cristo y los cristianos: "nosotros en Cristo" (fórmula paulina repetida 164 veces, 35 de ellas en la Carta a los Efesios) y "Cristo en nosotros", haciendo de todos uno en la Iglesia cuerpo de Cristo: "todos vosotros sois uno en Cristo Jesús" (Gal. 3,27-28), invadidos por la plenitud de la vida de quien ha sido constituido en el día de la Resurrección -"el octavo día" de S. Agustín, en que hace nuevas todas las cosas- en Espíritu vivificante que nos hace partícipes de su muerte y resurrección", que muchos, siendo realmente muchos, tengan sin embargo una sola vida en El, tal es precisamente del misterio del Cuerpo místico" (Cf. Y. Congar *Chrétiens desunis* p.71). "Mientras que al octavo día de su vida recibió la señal de le hacía pertenecer a una nación", en el misterio Pascual -como al octavo día de la nueva creación en Cristo que todo lo renueva- surge el hombre universal. "Sobre ese hombre universal podrá edificarse la Iglesia mundial, cuyos miembros no serán ya judíos, ni griegos, ni bárbaros". (Cf F. X. DURRWELL, *la Resurrección de Jesús misterio de salvación*, Barcelona Herder 1967, p.160). Constituido Cabeza de la humanidad en la Pascua "ha hecho saltar todas las barreras que nos separaban". Ya no hay "muros de separación -circuncisos e incircuncisos-, una nueva estirpe acaba de nacer que está más allá de todas las divisiones humanas, el *genus chritianorum*, la raza de los hijos de Dios unidos al Padre en Cristo por obra del Espíritu". Cf L CERFAUX, *la theologie de l'Eglise* p.192.

**4. Complementariedad de las dos tipologías para una inteligencia más adecuada de realización histórica del plan salvífico de Dios, cuyo vértice es la Encarnación redentora en el Seno de la Hija de Sión en la casa de José, según anuncia el Antiguo Testamento.**

A mi modo de ver ambas tipologías antitéticas, que contraponen la primera pareja, Adán y Eva respectivamente a los esposos de Nazareth, María y José –la primera (A)–, y a Jesucristo, nuevo Adán y María, nueva Eva –la segunda (B)– son complementarias, en un doble sentido.

1. En primer lugar, porque la primera tipología (A) –a diferencia de la segunda (B)– hace referencia inmediata a la historia de la salvación en una de sus dimensiones esenciales: *la familia que estaba predestinada a acoger en la historia al Mesías Salvador* anunciado por los profetas.

La pareja del umbral del Nuevo Testamento a que se refiere San Ireneo, José, hijo de David, desposado con María, la hija de Sión bíblica, hace referencia (A) a una circunstancia histórica concreta –mejor diríamos dimensión esencial– de la Encarnación, que es la familia formada por el matrimonio de María y José, que estaba predestinada a acoger en la historia al Verbo encarnado en el Seno de la Virgen en *la casa de José, constituido por decreto divino padre virginal y mesiánico del Mesías Rey, cabeza de la familia de la que brotaría la salvación*, el tallo de la raíz de Jese de la profecía del Emmanuel de Isaías. Esta referencia a José y a María en la perspectiva de la historia de la salvación entronca a Jesús con la simiente de Abraham a quien se hicieron las promesas. Alude, pues, a “*la generación patriarcal*” (A) de Jesús que tiene gran importancia –observa acertadamente F. Canals<sup>17</sup> para no malentender “*la generación virginal*” (B) del nuevo Adán, el Verbo de Dios que asumió la humanidad de la nueva Eva, a la que alude el protoevangelio (Gn 3, 15) de modo intemporal, abstracto o ahistórico (“*la Mujer*”). El Verbo, en efecto, no asumió al encarnarse en el seno de María la nueva Eva, una naturaleza humana universal y abstracta, como parecen dar a entender algunas expresiones de Padres de tendencia platonizante, sino individual e histórica solidaria de todos y cada uno de los hombres en su distinción irrepetible. La salutación angélica a María; presenta a Jesús como el Hijo de David anunciado por los profetas; “de la descendencia de David según la carne” (Rm, 1, 3) y de la simiente de Abraham (Mt 1,1) a quien se hicieron las promesas.

«Alégrate, llena de gracia. El Señor está contigo» (1, 28). «Alégrate»: a primera vista, parece no ser otra cosa que la fórmula de saludo habitual en el ámbito lingüístico griego. De hecho la tradición también se ha atenido a la traducción más tradicional. «Salve». Pero, desde el trasfondo veterotestamentario, esta fórmula de saludo cobra un significado más profundo, cuando se advierte que la misma palabra aparece cuatro veces en el texto veterotestamentario griego, y siempre es el anuncio de la alegría mesiánica (So 3, 14; Jl 2, 21; Za 9, 9; Lm 4, 21).<sup>18</sup>

Estos pasajes, especialmente el de Sofonías, contienen una doble promesa dirigida a Israel, la Hija de Sión: Dios vendrá como salvador y habitará en ella. Dios, que habitaba en el seno de Israel –en el arca de la Alianza, lugar de la presencia (Shekiná) de la gloria de Dios (Kabór) manifestada a veces en la teofanía de la nube luminosa–, habita ahora de forma absolutamente literal en la virgen de Nazaret, que se convierte así en *la verdadera arca de la Alianza en Israel*, por lo que el símbolo del arca recibe de la realidad una fuerza inaudita: Dios en la carne de un hombre, que ahora se convierte, cuando el poder de Altísimo –el Espíritu Santo– la cubre con su sombra y pone su tienda (ekenosen) entre nosotros. (Jn 1, 14).

“La identificación tipológica entre María y Sión lleva a una gran hondura. Explica de forma nueva la Antigua Alianza a la luz del acontecimiento de Cristo. María es Sión en persona, lo cual significa que ella vive plenamente lo que se quiere decir con Sión. Vive de manera que es un lugar para Dios. Vive según la medida común de la historia sagrada, de manera que desde ella nos contempla, no el yo estrecho y encogido de un individuo aislado, sino Israel entero y verdadero”.<sup>19</sup>

En ese sentido, la primera tipología (A) (Adán–Eva; José hijo de David–María hija de Sión), es –a todas luces– complementaria de la tipología basada en el Protoevangelio (B) de la nueva Eva asociada en el Protoevangelio a su descendencia –el nuevo Adán– al triunfo sobre la serpiente en la Pasión –a la que hace referencia la mordedura del talón– pues explicita que la estirpe de la Mujer en singular –el Mesías– (Gn 3, 15), redime a la humanidad no asumiendo una naturaleza humana universal, abstracta e

<sup>17</sup> F. CANALS VIDAL, *San José, Patriarca del pueblo de Dios*, Barcelona 1982.

<sup>18</sup> A ello hizo referencia por vez primera S. LYONNET en su conocido artículo publicado en *Bíblica* 20 (1939) 131–141. Estas indicaciones fueron recogidas y desarrolladas por R. LAURENTIN, *Estructura y Teología del Evangelio de la infancia de Jesús*, 75 ss. Sobre el estado actual del debate acerca de la interpretación del saludo del ángel, cf. S. MUÑOZ IGLESIAS, *Los evangelios de la infancia II*, Madrid 1986, 149–160.

<sup>19</sup> Cfr. J. RATZINGER, H. URS VON BATASAR, *María, primera Iglesia naciente*. Madrid, Encuentro, 4 ed, 1999, 48 ss.

intemporal, sino el hijo de David encarnado en el seno de la hija de Sión bíblica anunciado por los profetas en la perspectiva histórico-salvífica de la Redención en solidaridad –como nuevo Adán– con todos los hombres llamados a la salvación, que obtendrán si libremente la aceptan.

Como hace notar F. Canals, “José es el único en toda la Escritura –además de Jesús– al que se da el título de “hijo de David”, *María, la nueva Eva del Protoevangelio, es también la Hija de Sión de las profecías que resuenan en la salutación angélica* en el momento culminante de la Encarnación en el seno de la nueva Eva. De Ella –en tanto que desposada con José de la casa de David– brotaría el Mesías Rey anunciado por los profetas, el tallo de la raíz de Jesé”.

2. Por otra parte, en la perspectiva teológica especulativa propia de este artículo, cabe señalar otra diferencia y complementariedad entre ambas tipologías. La primera (A) –que contrapone la pareja originaria del comienzo de la historia salvífica, fuente del mal que inunda la humanidad, a aquella otra pareja del umbral de Nuevo Testamento por la que viene la salvación, María y José– (RC 7), hace referencia a la diversa mediación, materna y paterna de los esposos de Nazaret, en la salvación de la humanidad caída. La segunda tipología (B) –Cristo nuevo Adán, María nueva Eva (la Mujer del Protoevangelio (Gn 3, 15))–, muestra, a su vez, el carácter fundante respecto a la mediación paterna del Santo Patriarca, que tiene la Inmaculada Corredentora como nueva Eva –Mediadora maternal– asociada al nuevo Adán, Mediador Capital fuente de toda mediación; incluida la de San José. La mediación paterna de José deriva, como decíamos, de ambas; teniendo en cuenta que la plenitud de gracia paternal de José – que le disponía a ser asociado como corredentor, con María su Esposa, al orden hipostático redentor–, fue fruto de su *redención liberativa* por el nuevo Adán y –subordinadamente– de la nueva Eva; *no de una redención preservativa*, como la de María, la más perfectamente redimida (su Esposa y Madre espiritual), la Inmaculada Corredentora y Mediadora maternal de todo el universo angélico, humano y cósmico. La comparación de ambas tipologías, en su diversidad complementaria, esclarece el orden de jerárquica subordinación en los Tres de la “trinidad de la tierra” en un único decreto de predestinación de la Familia de Nazaret como vértice del plan salvífico de Dios

No consta, en efecto, que San José fuese preservado del pecado original (si bien no faltan autores de nota que lo afirman)<sup>20</sup>, aunque parece seguro –según no pocos autores (que cita en su *Teología de San José*, el Padre Bonifacio Llamera)– que fue presantificado en el Seno de su Madre, como, –y con mayor razón–, que San Juan Bautista o Jeremías; disponiéndole con aquella plenitud de gracia inicial, superior a la de todos los ángeles y los santos, que le habilitaba para su excelsa misión de Padre Virginal del Verbo encarnado en el seno de la que estaba predestinada a ser su esposa y ser acogida, con su Hijo, en su casa, para hacerle así participe –con María y subordinadamente a Ella– de la obra de nuestra redención, tanto objetiva como subjetiva.

En cuanto supo José que María era la Madre de Dios, se sometió más que nunca a la acción de la gracia maternal de su Esposa. Desde aquel momento, “ex illa hora”, José se hace discípulo de María, discípulo obedientísimo. Se convierte en hijo de María. La toma como lo hará San Juan, en todas las intimidades de su vida de santo, “accepit eam in sua” [la recibió en su casa]; la toma como madre de la vida divina en él, pues todo le llevaba al: “¡ecce mater tua!” [¡he aquí a tu Madre!], sobre todo después de que Jesús se escondiera dentro de Ella.

Toda la santidad de San José venía del corazón de María su esposa. Es precisamente esta santidad la que le permitió ser el Padre de la Sagrada Familia, ejercitar su autoridad, cumplir su sublime misión, olvidándose a sí mismo y abandonándose totalmente a la divina providencia. Es María quien le santificó. El esposo fue santificado por la santidad de su Esposa –la Inmaculada, “llena da gracia”– según la ley que proclamará San Pablo ( cfr 1 Cor,7,14).. Todo, en él– su plenitud de gracia paternal–, viene de la plenitud de gracia maternal del Corazón Inmaculado de María. Como dice el Abad Ruperto: “como a San Juan santificó Cristo por medio de la Madre que en las entrañas le llevaba, por medio de la misma Madre comunicó a San José, una gracia suma para poder sobrellevar con ánimo tan fuerte y prudente el peso de aquel tan divino negocio”.<sup>21</sup>

*El consentimiento de María a la Encarnación redentora de Verbo en su Seno, y el consentimiento subsiguiente de José* –subordinado y dependiente del de su Esposa y Madre en el Espíritu– *a acoger a la Madre y su Hijo en su casa* –que le constituyó padre virginal y mesiánico de Jesús, haciendo del santo Patriarca, como cabeza de la sagrada Familia, depositario del

---

<sup>20</sup> Cfr. B. LLAMERA, *Teología de San José*, Madrid, BAC. André DOZE, comenta en *Ioseph, ombre du Père*, (ed. de Lion de Juda) los vitrales dedicadas al santo Patriarca en el Santuario «Saint Ioseph de Saint Sauveur» de Chantemerle –les Blés–, entre los cuales hay uno dedicado a la Inmaculada concepción de San José.

<sup>21</sup> Cit. por F. SUAREZ, el Doctor eximio, *De mysteris vitae Christi*, ed BAC 1948., 430

misterio escondido desde los siglos en Dios–, son *los dos primeros actos de fe cristiana que inauguran la nueva alianza consumada en la Pascua. No son primeros sólo en el tiempo, sino principio activo y ejemplar de todos los actos de fe que, de generación en generación, serán el fundamento de la vida sobrenatural de la Iglesia*, edificada sobre la fe apostólica, hecha posible por el valor corredentor de la vida de fe de los Esposos de Nazaret.

*La Iglesia –la familia de los hijos de Dios en Cristo, primogénito entre muchos hermanos–, es prolongación de la Familia de Nazaret constituida por aquellos primeros actos de fe de María –aurora del Sol de Justicia– y José, que trajeron al mundo la salvación. “Gracias Madre. Con esa palabra tuya –Fiat– nos has hecho hermanos de Dios y herederos de Cielo”. (Camino 345). Una análoga gratitud le es debida, sin duda, a José.*

## 5. Reflexiones conclusivas.

Dios, para salvar a la humanidad, decide restaurar al hombre haciéndose hombre y restaurar a la mujer, cuyo fin es la maternidad, naciendo de una mujer la Madre de Dios; pero también ha restaurado la familia, haciendo nacer a su Hijo en una familia humana real. San José ha sido, de hecho, el esposo verdadero, aunque virginal, de la Madre de Dios, y el verdadero padre de Jesús; no según la carne, pero sí según el Espíritu –por su obediencia en la fe– con toda la autoridad ligada a la paternidad, con todos sus deberes y sus derechos. Se ve, de hecho, que Dios siempre trata a San José como a la verdadera cabeza de la Sagrada Familia, y respeta su autoridad paterna: el ángel comunica las órdenes divinas a la Sagrada Familia a través de él; la Virgen misma se subordina perfectamente a su autoridad, y le llama padre de su Hijo (Lc 2, 48).

Junto con la asunción de su humanidad santísima, en Cristo está también «asumido» todo lo que es humano, para redimirlo, en particular, la familia, como primera dimensión de su existencia en la tierra (Cf. RC 21), constitutiva de la persona humana.

El hombre, en efecto, en cuanto creado a imagen de Dios, tiene estructura familiar, que refleja la gloria de Dios como su imagen creada que es el fundamento de su dignidad personal. “Nuestro Dios en su misterio más íntimo, no es soledad –es Uno y Único, pero no un solitario– sino una Familia, puesto que hay en Él paternidad, filiación y la esencia de la familia que es el amor.”<sup>22</sup>

La imagen de Dios en el hombre no se realizó solo –según insistía de modo recurrente Juan Pablo II en su catequesis– en su momento de soledad como persona inteligente y libre, sino sobre todo a imagen de la Comunión Trinitaria en su capacidad de amar, que le lleva a vivir en comunión. Solo realiza su esencia en plenitud existiendo, con otros y para otros, en una relación de don recíproco que comienza en la unión matrimonial. La imagen más perfecta de la Familia trinitaria es la Familia de Nazaret (la trinidad de la tierra) llamada a restaurar la imagen deformada por el pecado en la familia. José es el icono transparente del Padre como María lo es del Espíritu Santo y Jesús el mismo Unigénito del Padre. María y José viven la más plena comunión de personas en su unión matrimonial virginal, como la más perfecta y más profunda imagen de Dios en el ser humano. El amor esponsal de ambos es pleno. En ellos no se ejercita la dimensión generativa, pero la dimensión de comunión se cumple de modo insospechado.

El estrecho y virginal vínculo de amor que ya existió desde los desposorios ya orientados por inspiración del Espíritu Santo a una unión virginal (así lo confirman los escritos inspirados de la sierva de Dios Madre María Cecilia Baij)<sup>23</sup>– fue asumido por el misterio de la Encarnación. Cuando José estaba pensando en retirarse para no estorbar el misterio, en las palabras del Ángel en la anunciación vuelve a escuchar la verdad sobre su propia vocación, que confirma el vínculo esponsal. (Cfr. RC 19).

José, obediente al Espíritu Santo, encontró justamente en Él la fuente del amor, de su amor esponsal de hombre, y este amor fue más grande que el que aquél «varón justo» podía esperar según la medida del propio corazón humano. (RC 19).

El vínculo de caridad que ya existía desde los desposorios, con el don esponsal de sí en la virginidad, fue confirmado en toda su fuerza y perfección cuando se le pidió renovar el sí del misterio de

---

<sup>22</sup> JUAN PABLO II, Homilía, 28-05-1979, en *Insegnamenti*, II (1979), 182.

<sup>23</sup> *Vida de San José*, editada por el Beato Ildefonso Card. Schuster, Arzobispo de Milán.

la Encarnación, tal y como estaba previsto en los designios de Dios. Su amor esponsal a María en la virginidad fue asumido al servicio de los designios salvíficos constituyéndole en cabeza del santuario del amor del hogar familiar de Nazaret, que debía acoger a Jesús para prepararle a su misión redentora bajo la guía de José, como su padre virginal y mesiánico.

Aquí es importante señalar que la fecunda virginidad de María, indisociable de la de su Esposo José. Ella es, en efecto, como dijo inspiradamente San Ildefonso, Virgen por voluntad de Dios y por voluntad de hombre, siempre fiel a Dios y a su esposo. Su libre consentimiento en obediencia de fe al designio divino de que acogiera a María y al Niño que iba a nacer, era, en efecto, esencial, por decreto divino para la Encarnación redentora del Verbo, que debía ser acogido en el seno de una familia santuario del amor, cuna y ámbito de maduración de la vida humana.<sup>24</sup> Su aceptación con libre y silenciosa obediencia de fe al plan salvífico divino es el fundamento de su paternidad virginal y mesiánica de Jesús – padre no según la carne, sino según el Espíritu por constitución divina– está en el origen ejemplar y activo por su eficacia corredentora –subordinadamente al Redentor, que asumió la esencial dimensión familiar de la condición humana, para restablecerla según el designio originario del Creador–, tanto de la fecundidad espiritual de la virginidad cristiana como de la redención del matrimonio cristiano, llamado a ser, en su plenitud, amor conyugal según el espíritu, que domina la carne en la plena libertad del ser por la plenitud de la filiación divina tal y como estaba previsto por el plan originario de Dios “en el principio”, hasta llegar a la armonía conyugal del estado de justicia original.

Como observa C. Cafarra, la destrucción causada por el pecado en el cuerpo y la sexualidad humana consiste en la desintegración de éstos y la persona humana en cuanto tal, en su «degradación» a meros objetos susceptibles de cualquier uso.

«La ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad han venido por medio de Jesucristo». En esta «gracia y verdad», venidas solo a través de Cristo, la corporeidad y la sexualidad humanas son redimidas y pueden, en consecuencia, ser reconducidas a la obediencia de aquella ley prevista «al principio»,<sup>25</sup> con la cooperación de María y José, la pareja del umbral del nuevo Testamento, preanunciada en el Antiguo: la mujer “hija de Sión”, la Mujer esposa virginal del hijo de David –pimpollo de la raíz de Jesé del Emmanuel de Isaías que le transmitió, cumpliéndose la profecía de Natán, el mesianismo real a imponerle el nombre en el rito de la Circuncisión–, por medio de la cual la santidad de esparce por toda la tierra, anulando la fuente del mal –destructora de la familia– que inunda el mundo por el pecado de la primera pareja (S. Ireneo, cit. en RC, 7).

---

<sup>24</sup> J. FERRER ARELLANO, *Algunas sugerencias de San Ildefonso de Toledo para la Teología josefina*, 2007 (en prensa).

<sup>25</sup> “Si no fuese por el fomes no se alabaría la virginidad por encima de la paternidad que hace al hombre más semejante a Dios en cuanto el hombre mediante ella procede del hombre como Dios de Dios por origen natural y vital”. S. Th., I, 93, 3c. Cfr. C. CAFARRA, *Sexualidad a la luz de la antropología y de la Biblia*, Madrid, 3ª ed. 1992, 45 ss